

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN CASTILLA-LA MANCHA

1996-2002



EL TOLMO DE MINATEDA HELLÍN (ALBACETE)

Lorenzo Abad Casal
Sonia Gutiérrez Lloret
Blanca Gamo Parras

El Tolmo de Minateda ha desempeñado un importante papel a lo largo de la historia, debido a su propia morfología y a lo favorable de su emplazamiento: un cerro amesetado, de no mucha altura y amplia superficie, con laderas abruptas que limitan el acceso a un camino natural, “El Reguerón” que lo hace fácilmente defendible¹.



Figura 1. Fotografía aérea de El Tolmo de Minateda. Al oeste, la vaguada de El Reguerón.

¹ El texto de este artículo es una síntesis de las principales aportaciones realizadas en el curso de los trabajos arqueológicos que se iniciaron en el año 1988. La discusión detallada de todos y cada uno de los asertos que en él se realizan pueden encontrarse *in extenso* en las publicaciones citadas en la bibliografía.

Las estructuras más antiguas documentadas corresponden a la Edad del Bronce y se han encontrado embebidas dentro de otras posteriores; en concreto, en El Reguerón se documentó un muro de contención de esta época, formado por grandes piedras, que delimitaba una terraza sobre la que se construyó una casa de forma ovalada, con una cista y restos de una inhumación bajo el piso. Pero el enterramiento más interesante se ha encontrado en la plataforma superior, en las inmediaciones de una de las almazaras, en una fosa tallada en la roca. El cadáver estaba recostado sobre el lado izquierdo y en postura fetal, con los brazos doblados, las manos ante la cara y un cuenco, una mano de molino y una pieza de sílex junto a ellas.



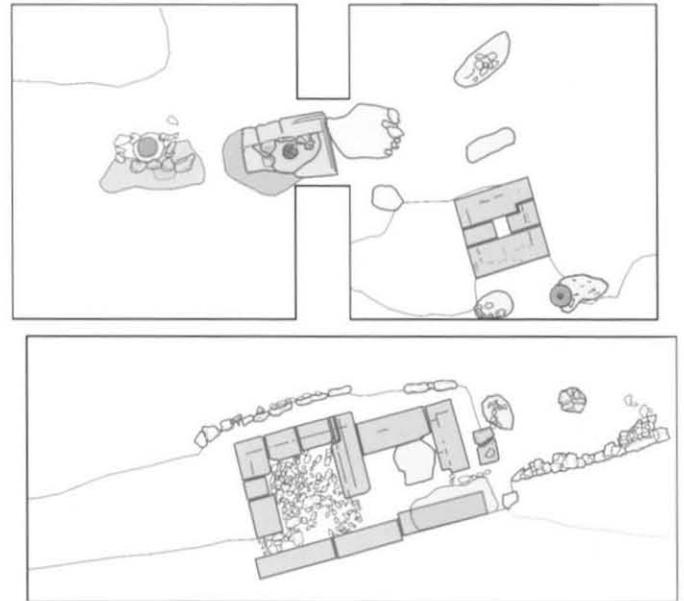
Figura 2. Estructuras defensivas de El Reguerón, con los sillares derrumbados sobre el camino repuestos en su lugar.

LA FASE IBÉRICA

En los alrededores de El Tolmo se han encontrado varias necrópolis que abarcan todo el ámbito cronológico de esta cultura; sin embargo, en el propio yacimiento las estructuras no son muy numerosas; la más espectacular es la muralla de El Reguerón actualmente visible, de unos seis metros de altura y diez de anchura en su parte superior, producto de sucesivas reformas sobre el núcleo original. Está construida con mampostería irregular trabada con tierra y descansa en parte sobre la propia roca del cerro y en parte sobre capas de tierra previamente aportadas. La cara exterior, ataludada, presenta un retranqueamiento de casi un 20 % y parece que en origen no era recta, sino cóncavo-convexa, a manera del dique de una presa de arco y gravedad. Los materiales más modernos encontrados en su interior se datan en el siglo III a.C., por lo que podemos suponer que fue en este momento cuando alcanzó su configuración actual.

A la misma época deben corresponder los monumentos escalonados de la necrópolis septentrional, donde se han recuperado tres de sillería, parcialmente desmontada, y uno de adobe que conservaba cuatro hiladas con el escalonamiento original. En su *loculus* se encontró la urna cineraria, una cratera con un motivo figurado en cada una de sus caras: un ave de alas expaladas con la cabeza

Figura 3. Planimetría simplificada de la necrópolis septentrional.



vuelta hacia una adormidera en una y un ciervo pastando en la otra (Fig. 5). Las tumbas de esta necrópolis sufrieron un rápido proceso de deterioro y hacia el cambio de Era los monumentos debían estar ya abandonados.

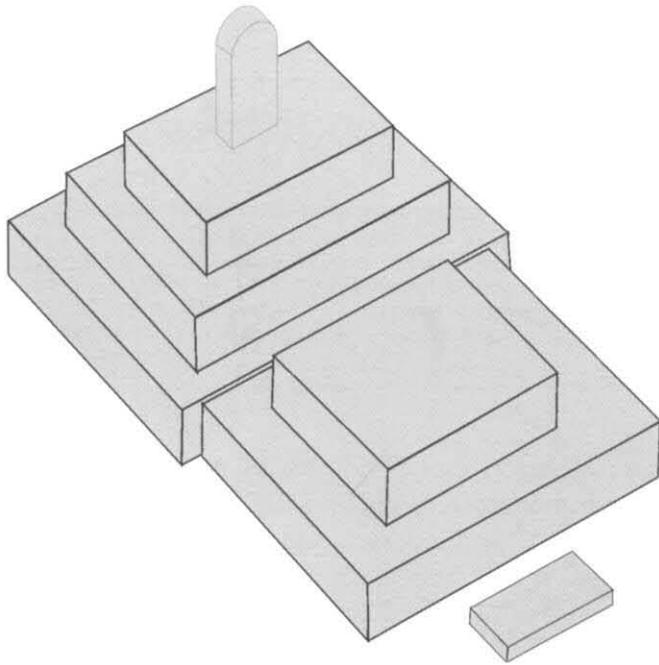


Figura 4. Hipótesis de reconstrucción de los monumentos funerarios.

Figura 5. Urna cineraria del monumento de adobe.



LA FASE ROMANA

La muralla ataludada ya descrita sirvió durante varios siglos como muro de contención de las aguas y de los arrastres que bajaban por el Reguerón, y también como elemento de defensa de la ciudad a sus espaldas. Pero hacia el año 9 a.C. se construyó por delante de ella un muro recto de sillería, que obligó a desmontar la parte más saliente; para facilitar su asiento se retalló la roca de base del cerro, rebajándola ligeramente y dándole el aspecto de escalera que hoy conserva. La muralla así configurada cerraba por completo el acceso al Reguerón y ocultaba la antigua obra ataludada que durante siglos había dominado el panorama (Fig. 6). La puerta, que no se ha conservado, debió estar adosada al farallón rocoso al norte del Reguerón.

Figura 6. Murallas de El Reguerón; la romana es la intermedia; cf. fig. 2.



El motivo de construcción de esta obra, que no supone ningún refuerzo constructivo sino sólo un intento de embellecimiento, parece encontrarse en los restos de la propia muralla. Entre sus sillares, reutilizados en otra más tardía, se cuentan varios pertenecientes a una inscripción monumental, con letras de 22 cm de altura y la mención del emperador Augusto, de su sobrino Nerón Claudio Druso y posiblemente también de su otro sobrino Lucio Domicio Ahenobarbo (Fig. 7). Esta inscripción se labró sobre los sillares ya colocados en su lugar y tiene paralelos en otros lugares del Imperio, algunos de ellos también de época de Augusto. La fecha concreta, el año 9 a.C., viene dada por la mención *Nerone Claudio Druso*, cónsul en esa fecha (Fig. 8).

Otra inscripción parece darnos el motivo real de esta construcción monumental; se trata de un epígrafe labrado en un sillar en el que se lee *T(itus) Martiu[s] --] / V(ibi)us Fuluius Quetu[s] / G(aius) Grattius Grattianu[s] / II viri H(oc) O(pus) F(aciendum) C(uraverunt)*, esto es: "Tito Martio, Vibio Fulvio Queto y Gayo Grattio Grattiano, duunviros, se ocu-

Figura 7. Derrumbe de sillares en El Reguerón.



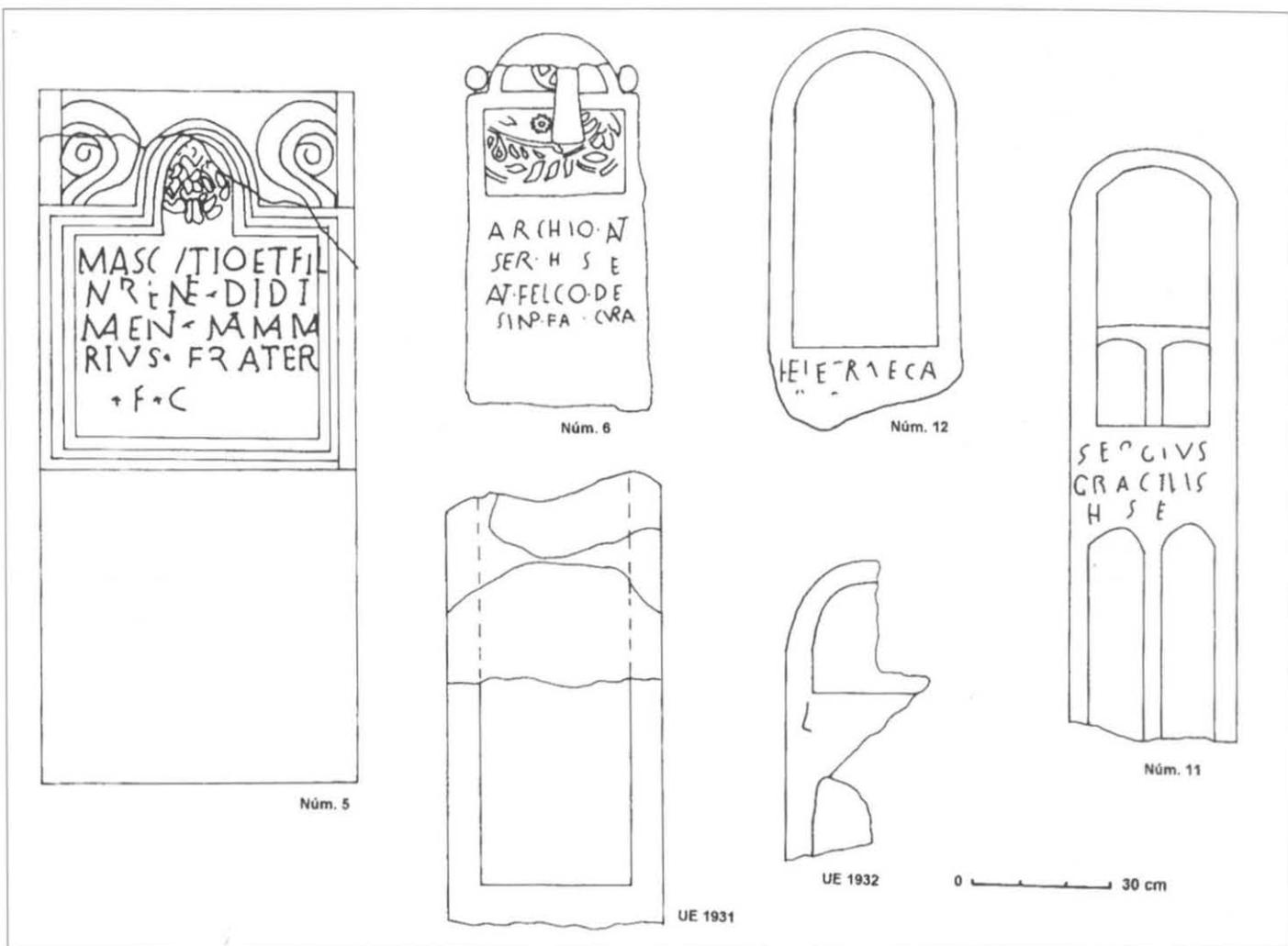
Figura 8. Hipótesis de reconstrucción del texto de la inscripción monumental (en negrita las letras conservadas).



paron de hacer esta obra". De los tres nombres, los dos últimos corresponden a sendos duunviros, en tanto que el primero bien pudo haber desempeñado un papel similar inmediatamente antes de que se hubiera normalizado la situación. Muy posiblemente la erección de la nueva muralla, y la inscripción monumental allí recogida, tienen como fin conmemorar este hecho y dar cuenta de que en él intervinieron, de una u otra manera, el propio emperador a través de su legado o representante en la provincia. El hecho de que aparezcan los nombres de los *Grattii* en este epígrafe parece indicar, una vez más, el importante papel jugado por esta familia en la promoción jurídica de las ciudades de la Meseta, pues algunos de sus miembros aparecen también en otros núcleos indígenas que se municipalizaron algo antes, como *Ercauica* y *Valeria*.

Esta obra de monumentalización desarrollada por Augusto resulta especialmente significativa, puesto que junto a la mención del emperador aparece, como ya se ha indicado, su sobrino Lucio Domicio Ahenobarbo, lugarteniente suyo en no pocos gobiernos provinciales y campañas militares. Es muy posible que aquí interviniera en calidad de gobernador de la *Provincia Hispania Citerior Tarraconensis*, creada no muchos años atrás por el propio emperador. Su ubicación en lo alto del camino de acceso que desde la vía *Carthago Noua - Complutum* ascendía al pie del farallón rocoso de El Tolmo aseguraba un efecto propagandístico de primer orden, pues con sólo volver la cabeza, los viajeros podían leer quiénes y por qué la habían construido.

Figura 9. Conjunto de estelas funerarias reutilizadas en la muralla visigoda de El Reguerón, excepto la número 12, que procede de la necrópolis septentrional.



El nombre de la ciudad resta por el momento problemático. No existe constancia documental de cuál pudo ser, aunque a título de hipótesis podemos avanzar que de los que conocemos por las fuentes antiguas es el de *Ilunum*, citado por Ptolomeo -una ciudad de la *Bastetania*, según sus palabras-, el que mejor conviene a nuestra ciudad. Así lo han señalado autores como E. Molina, A. Carmona y P. Sillières quienes -siguiendo la tradición iniciada por el canónigo Juan Lorenzo- insisten en la probable relación etimológica de los nombres *Ilunum*, *Elo* e *Iyyub*. Este último es sin ninguna duda el nombre árabe de la ciudad de El Tolmo y origen del actual

topónimo "Minateda", tema sobre el que volveremos más adelante.

Fuera cual fuera el nombre, lo que resulta evidente es que hacia el cambio de Era se trataba de un municipio que regía un territorio amplio, pues limitaba con los de *Ilici* (Elche, Alicante) por el este, *Carthago Noua* (Cartagena) y *Begastri* (Cehegín) por el sur, otra ciudad de nombre desconocido ubicada en la zona de Los Villares de Elche de la Sierra y *Libisosa* (Lezuza) por el oeste y *Saltigi* (Chinchilla) -en el caso no comprobado de que fuera realmente una ciudad; si no, limitaría con el territorio de *Segobriga*- por el norte.

Testimonio de la presencia romana en esta época son algunas cremaciones en hoyo sobre la antigua necrópolis ibérica y los numerosos epígrafes funerarios reutilizados en la muralla tardía de El Reguerón (Fig. 9). Todos ellos deben proceder de las necrópolis situadas al pie de El Tolmo, posiblemente entre este yacimiento y la zona de Zama, donde se ubican otros restos. De su estudio conjunto parece que en su mayoría fueron realizadas por un mismo taller lapidario, que debió estar situado en el propio Tolmo o en sus inmediaciones, y sin duda jalonaban el camino que discurría entre *Carthago Noua* y *Complutum*. Esta vía no aparece en los *Itinerarios* romanos, pero se encuentra atestiguada por numerosos miliarios, datados entre comienzos del siglo I d.C. y mediados del III d.C.

Dentro del relleno de la muralla tardía se han encontrado también piezas de gran interés. Entre ellas una cabeza que se descubrió de manera casual en el año 1927, hoy en el Museo de Albacete, fragmentos de escultura animalística y humana y elementos arquitectónicos.

LA FASE VISIGODA

En época de Diocleciano, y como consecuencia de la creación de la nueva provincia *Carthaginensis*, con capital en Cartagena, la importancia de El Tolmo debió aumentar considerablemente, aunque es a partir del siglo VI, en razón de su emplazamiento y de su carácter fronterizo, cuando se convierte en un centro de primer orden (Fig. 10).

La instalación de los bizantinos en *Hispania* supuso el inicio de una serie de hostilidades con el reino visigodo que se desarrollaron sobre todo en el sureste peninsular. Leovigildo emprendió diversas ofensivas contra los territorios bizantinos, entre las que cabe señalar las campañas de la *Bastetania* y de la *Orospeida*, entre los años 570 y 577. Las ofensivas de Sisebuto en la Bética (613-15) y la de Suintila, que culminó con la captura y destrucción de la ciudad de *Carthago Spartaria* (Cartagena) el año 625, marcan el final del

dominio bizantino en territorio peninsular. En todas estas campañas, la antigua vía romana que unía *Carthago Noua* (Cartagena), ahora capital bizantina, con *Complutum* (Alcalá de Henares) y *Toletum* (Toledo), la capital del reino visigodo a partir de Leovigildo, tuvo que desempeñar sin duda un importante papel. El dominio efectivo visigodo abarcó los últimos tres cuartos del siglo VII, hasta la conquista islámica en los primeros años del siglo VIII.

En el caso de El Tolmo las excavaciones iniciadas en 1988 han exhumado un importante complejo defensivo del siglo VI en la vaguada de El Reguerón, en el mismo emplazamiento de las fortificaciones más antiguas, que se aprovecharon como muro trasero del nuevo proyecto. La obra se plantea como un baluarte macizo en forma de "L" que, partiendo del espolón rocoso meridional, cierra perpendicularmente la vaguada y flanquea el principal acceso viario de la ciudad, que todavía conserva las huellas del paso de los carros. La entrada estuvo defendida por dos sólidas torres de sillería (Fig. 10), de las que únicamente se conserva en alzado parte de la izquierda, mientras que la derecha, de la que sólo es visible su cimentación, fue expoliada en épocas posteriores. El acceso se hizo a través de un corredor abovedado entre ambas torres, según se deduce del arranque de un arco conservado en la esquina nororiental; la puerta propiamente dicha era de doble batiente y se situaba en la parte externa de las torres, donde se conservan su mortaja, los huecos de los goznes protegidos por sendos guardacantones, el recorte en la roca para alojar la hoja de la puerta una vez abierta y un cerradero.

El baluarte está formado por un forro de sillares, con epígrafes y elementos arquitectónicos reciclados de construcciones anteriores, entre las que se encuentra la inscripción de Augusto, y por un relleno macizo de tierras y mampuestos colocados a la manera del *opus spicatum*, que alterna con capas de argamasa, y entre los que se incluyen fragmentos de monumentos diversos. Los sillares del forro se disponen a soga, aunque existen algunos tizones, piezas largas a modo de tirantes que traban el forro con el relleno.

Figura 10. Planimetría de las principales estructuras de época visigoda excavadas hasta el momento.



Una serie de problemas técnicos mal resueltos facilitó el deterioro y la ruina de la fortificación, cuya esquina noroccidental se desplomó hacia el exterior, conformando el espectacular derrumbe de sillares del Reguerón y haciendo imposible el tráfico rodado por la vía de acceso a la ciudad (Fig. 11). No obstante, la puerta continuó operativa, pues su umbral se fue realizando a medida que se elevaba el nivel de circulación. Este fenómeno de “crecimiento de las calles” se co-

rresponde sin duda con un momento de patente deterioro de la organización municipal; parece que ninguna autoridad se ocupa ya de retirar los vertidos urbanos que se acumulan en las calles y patios o se arrojan al exterior desde la parte de la muralla que todavía permanece en pie, formando depósitos de inmundicia de tal volumen que terminaron por privarla de su carácter defensivo, a pesar de algunos intentos esporádicos de limpieza.



Figura 11. Vista parcial de la vía de acceso al Tolmo en la zona de El Reguerón.

Todos los datos arqueológicos sugieren que la fortificación debió construirse en un momento indeterminado de la segunda mitad del siglo VI, en relación con los problemas fronterizos entre bizantinos y visigodos que hemos comentado. Su deterioro debió iniciarse ya en el siglo VII, como indican los distintos materiales (cerámicas, vidrios, metales, etc.) recuperados en los vertederos. Este dato confirma que una vez que los bizantinos fueron vencidos y la ciudad se incorporó definitivamente al dominio visigodo, su valor estratégico y fronterizo se perdió y el mantenimiento de sus defensas pasó a tener un papel secundario.

LA ESTRUCTURA URBANA DE ÉPOCA VISIGODA

Entre los siglos VI y VII se realizó un replanteamiento urbanístico que afectó a toda la superficie del cerro, donde se ubican instalaciones industriales, necrópolis, edificios públicos y religiosos y viviendas, formadas éstas últimas por estancias rectangulares dispuestas en torno a espacios abiertos, según un modelo que continúa vigente en época islámica.

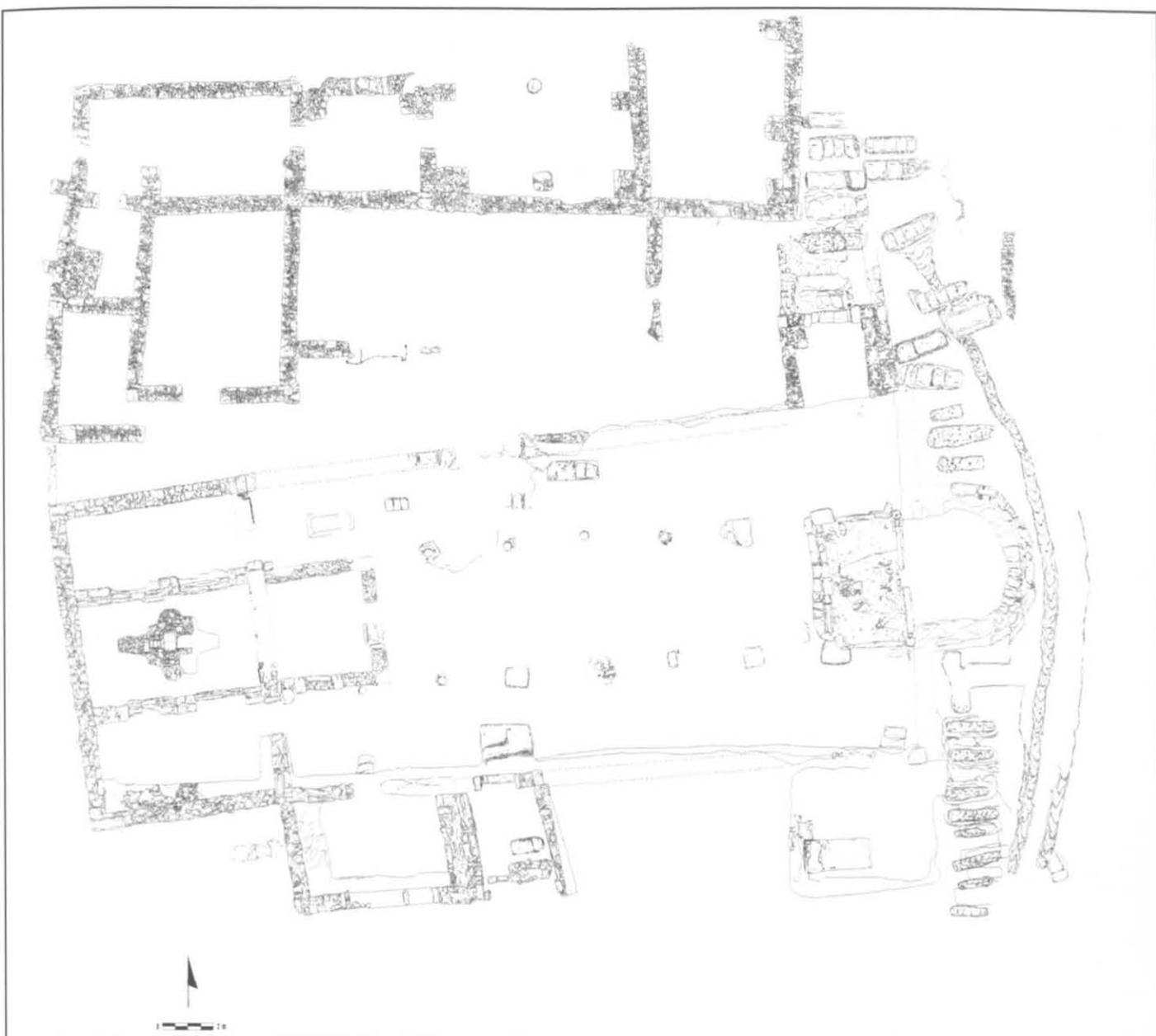


Figura 12. Planimetría simplificada de la iglesia visigoda y edificio anejo.

Figura 13. Vista de la basílica desde el este.

El edificio más importante de los hasta el momento excavados es sin lugar a dudas la iglesia, de planta basilical con tres naves separadas por arquerías sobre columnas, y con baptisterio, también de tres naves –pero separadas por pilares y cancelos– a sus pies; la nave central es en ambos casos de mayor anchura que las laterales (Figs. 12 y 13). La cabecera tiene un ábside de medio punto peraltado y exento ante el cual se localiza el santuario, algo sobreelevado y delimitado por cancelos; en el lado meridional hay dos estancias anejas, una a la altura del santuario y otra en el extremo occidental, cercana al baptisterio; ambas se comunican con la nave lateral mediante un vano con escalones tallados en la



roca. La longitud máxima del edificio es de 37,5 m, de los cuales 6,5 corresponden al baptisterio; la anchura en la zona de la cabecera es de 12,5 m, que se va estrechando progresivamente hacia a los pies, donde es de 11,5 m; el ábside tiene un diámetro máximo externo de 6,2 m. Sobre las columnas debían voltear arquerías de medio punto, a juzgar por las dovelas aparecidas en distintos lugares y sobre todo por un arco casi completo desplomado en el hueco del último intercolumnio a los pies de la iglesia (Fig. 14).

Figura 14. Restitución parcial del arco desplomado; al pie las dovelas originales.



La iglesia contaba con tres accesos al exterior, abiertos en los lados largos, uno en la fachada meridional y dos en la septentrional; de éstas, la más próxima al santuario tiene un vestíbulo que lo comunica con el exterior, al que se llega a través de una escalera precedida por una rampa pavimentada con grandes losas. Un cuarto acceso se abre desde la calle a la habitación meridional de la cabecera. El baptisterio, en cambio, sólo era practicable desde el interior de la iglesia (Fig. 15).

Todo el edificio parece responder a un diseño constructivo unitario basado en el aprovechamiento de materiales de reemplazo, lo que genera falta de uniformidad; los módulos de las columnas y los tipos de aparejo son diferentes; mampostería dispuesta al modo del *opus africanum* clásico; mampostería de sillarejo al estilo del *opus vittatum*; grandes lajas verticales corridas a modo de tizones; muros de doble paramento de sillaría con relleno interior de *opus incertum*; muretes de barro y piedra; ladrillo. Las jambas de entrada a los diferentes espacios están formadas por grandes sillares verticales. No obstante, hay que tener presente que esta impresión de heterogeneidad constructiva aumenta con la condición ruinosa de los restos, ya que el edificio estuvo en su momento íntegramente enlucido de cal (Fig. 16); se llegó incluso a

Figura 15. El baptisterio desde el este.



Figura 16. Reconstrucción ideal del edificio basilical. Dibujo de Daniel Valls.



simular las molduras de las basas de las columnas en aquellos casos en los que la disparidad del material de reemplazo lo hacía necesario.

El presbiterio se localiza en el espacio del primer intercolumnio (Fig. 17). Sus cuatro lados estaban cerrados con canceles, dejando sendos vanos en la parte central de los lados occidental y oriental para permitir el acceso desde la nave al interior del presbiterio, y desde aquí al ábside anexo. En algún momento esta zona experimentó una reforma que conllevó el sellado de los rieles con cal y su consiguiente inutilización.

El ábside, semicircular y exento, está construido en parte sobre la roca retallada. El alzado es un doble paramento relleno de tierra y piedra, conformando un muro de gran capacidad de carga, necesaria para poder soportar la cubierta hemisférica revestida de ladrillo que se encontró desplomada sobre el pavimento. El suelo es la propia roca tallada y alisada, con un acabado de cal o quizás de *signinum* muy fino, aunque en origen debió existir un pavimento de ladrillo que fue retirado en el momento de proceder a la reforma de la estructura. No han aparecido objetos litúrgicos (mesas, cátedra...) aunque varios retalles podrían ser sus huellas de fijación. Las cubiertas del edificio, excepto la del ábside, estaban formadas por un entramado de caña, vigas de madera y yeso, de todo lo cual aparecen numerosos fragmentos en los derrumbes.

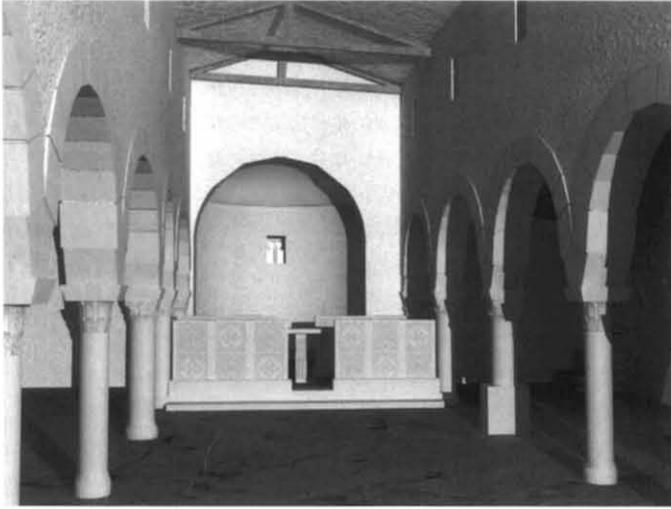
En un momento aún indeterminado, la iglesia experimentó una remodelación que conllevó el cierre del último intercolumnio de la nave central, junto al baptisterio, con un muro de tapia de tierra que engloba algunas de las columnas. De esta forma se definió a los pies de la iglesia un nuevo espacio funcional comunicado con ella que recuerda a los llamados “contracoros” de basilicas similares como la del Bovalar. Esta obra, que parece posterior al grueso del edificio por sus características constructivas, viene a confirmar la impresión obtenida en otros lugares del monumento acerca de la existencia de remodelaciones en la obra original, si bien por el momento no existe ningún argumento estratigráfico que permita determinar la coetaneidad o no de estas reformas.

En torno a la iglesia existen otros edificios en curso de excavación, seguramente relacionados con ella, pues parecen formar parte de un mismo conjunto.

A la función propiamente litúrgica se une otra de carácter funerario constatada por la aparición de sepulturas, tanto dentro de la iglesia como fuera, sobre todo en el entorno de la cabecera y junto al baptisterio. Se trata, en la mayoría de los casos, de sepulturas talladas en la roca, con cubiertas de lajas y una obra de cal y pequeñas piedras para conseguir un perfecto sellado, y sabemos que al menos parte de los enterramientos tenían encima un túmulo de piedra machacada. Se trata en todos los casos de deposiciones canónicas, en *decubito supino*, orientadas de oeste a este. La aparición de broches de cinturón, de placa rígida sencilla y liriformes, proporciona a las inhumaciones una fecha *post quem* del siglo VII d.C.

En lo que se refiere a la historia del edificio, se pueden establecer una serie de fases genéricas de uso y transformación espacial. La primera queda definida por el diseño, construcción y uso de la basilica y del baptisterio, concebidos desde el principio como una sola obra; con el paso del tiempo se fueron efectuando reformas que conllevaron la construcción de un contracoro y la remodelación de varias

Figura 17. Zona del presbiterio.
Reconstrucción ideal.



habitaciones, del ábside y de la pila bautismal, en la que se constatan al menos cuatro fases (Fig. 15). Tras el cese de las funciones religiosas, el edificio experimenta un paulatino proceso de destrucción, con la presencia de hogueras y basureros en lugares concretos y el expolio de los primeros muros, todo lo cual culmina en la caída de la techumbre y de las estructuras arquitectónicas. Tras ello, el edificio se abandona por completo y comienza un proceso de expolio de material para la construcción de nuevas estructuras.

LA SEDE DE ELO

A finales del siglo VI, los visigodos crearon dos nuevas sedes episcopales en la región, es decir otorgaron el rango episcopal a dos ciudades que no lo poseían, lo que implicaba la existencia de una catedral y la residencia de su obispo. Esas dos ciudades fueron *Begastri* y *Elo* o *Elota*, como se atestigua por vez primera en las actas del Sínodo de Gundemaro del año 610, donde los obispos Vicente y Senable firman en representación de las sedes begastrense y elotana respectivamente. La identificación del obispado de Vicente con la ciudad romana de *Begastri* en Cehegín no ofrece duda, ya que en dicha ciudad se hallaron sendas inscripciones que mencionan a otros obispos

de la misma sede. Por el contrario, la ubicación de la sede *Elotana* resulta más problemática, ya que la identificación más extendida, que la relaciona con un pequeño yacimiento –El Monastil– próximo a la alicantina ciudad de Elda, se apoya preferentemente en el parecido toponímico de los vocablos y no ha sido probada arqueológicamente.

La creación de ambas sedes a finales del siglo VI suele explicarse por la necesidad de organizar religiosamente los territorios incorporados al reino visigodo, que hasta ese momento eran dependientes de las sedes de *Carthago Spartaria* (Cartagena) e *Ilici* (La Alcudia, Elche), aún en territorio bizantino. Tras la incorporación definitiva de estos territorios, parece que la sede begastrense se mantuvo como tal hasta época islámica, mientras que la elotana debió ser asimilada nuevamente por la ilicitana, pues los obispos de esta última acuden a los concilios en representación de ambas durante algún tiempo. La magnitud y el carácter inequívocamente urbano de los restos descubiertos en El Tolmo, así como su situación estratégica en las estribaciones de la Oróspeda, dominando las vías interiores a *Carthago* e *Ilici*, permiten valorar la ubicación de dicha sede en la ciudad de El Tolmo.

LA ÉPOCA ISLÁMICA

El fin del reino visigodo conlleva el inicio de la época islámica. En estas tierras, sabemos que el tránsito histórico entre una y otra, que no tiene por qué suponer una inmediata ruptura cultural, se produjo con la firma del Tratado de Teodomiro, un pacto que se conoce a través de varias fuentes árabes, firmado hacia el año 713 entre el hijo de Músá, `Abd al-`Aziz, y un noble visigodo, Teodomiro, posiblemente conde o duque de la región. Este personaje debía disponer de un importante poder económico y de un significativo reconocimiento social, puesto que el ámbito territorial sobre el que tuvo efecto el tratado fue conocido a partir de entonces por la traducción al árabe de su nombre, Teodomiro, es decir *Tudmir*, término que acabó por designar una provincia

administrativa de al-Andalus: la *Cora de Tudmir*, que abarcó los territorios actuales del sur de Alicante, Murcia, este de Albacete y norte de Almería.

En este tratado se mencionan siete ciudades de indudable origen preislámico, aunque sus nombres varían de una versión a otra. Por lo común se acepta que las ciudades citadas son *Auryúla* (Orihuela), *Múla* (el Cerro de la Almagra en Mula), *Lúrqa* (Lorca), *Balantala* (¿Valencia?), *Laqant* (Alicante), *Ils* (la ciudad romana de *Ilici*, La Alcudia en Elche) –sustituída por *Buq.sr.h* (la ciudad romana de *Begastri*, Cabezo Roenas en Cehegín) en algunas versiones– e *Iyyub*.

Esta última ciudad, ubicada tradicionalmente en las cercanías de Hellín, creemos que puede identificarse a ciencia cierta con El Tolmo de Minateda. Esta afirmación se apoya en el itinerario medieval de Cartagena a Toledo, la antigua vía romana de *Complutum* a *Carthago Noua*, descrito en el siglo XI por el geógrafo almeriense al-'Udrí. Menciona una *Madīnat Iyyub* (es decir, la *madina* o ciudad de *Iyyub*) entre Cieza (*Siyāsa*) y Tobarra (*Tubarra*), a 30 millas de la primera y a 10 de la segunda. Aunque inicialmente se la identificó con la propia Hellín, ni el nombre árabe de ésta (*Falyán*) ni sus vestigios arqueológicos, mucho más tardíos, apoyan dicha hipótesis. La mención en un documento del año 1252 de los lugares de *Felín* (Hellín), *Hyso* (Isso) y *Medina Tea*, claramente relacionado este último con el actual topónimo de Minateda, despeja cualquier duda al respecto y permite afirmar que la ciudad de El Tolmo de Minateda fue conocida en época islámica como *Madīnat Iyyub*, y es casi con completa seguridad una de las ciudades visigodas mencionadas en la capitulación del año 713.

La inclusión de la ciudad de *Iyyub* en la órbita del tratado firmado por Teodomiro debió suponer para las élites laicas y religiosas de la región el relativo mantenimiento de sus privilegios y permitió la pervivencia inicial de su principal centro urbano, como lo demuestran los abundantes vestigios de los primeros siglos de la época islámica. Seguramente alrededor del siglo VIII, aunque por el momento resulta imposible

precisar la fecha exacta, se intentó fortificar nuevamente el acceso a la ciudad, pues la obra de época visigoda yacía derrumbada y era inservible.

En este estado de cosas se escogió una solución técnica que demuestra la magnitud del proceso involutivo de la ciudad. Aprovechando lo que debía ser el único bastión conservado, las torres de la puerta, se construye entre éstas y la roca una simple barricada o albarrada de tierra y piedra sobre las viviendas del siglo VII previamente terraplenadas, siguiendo el talud formado por el derrumbe parcial de la fortificación bizantino-visigoda. Al mismo tiempo se retranquea la puerta al interior de las torres y se flanquea el acceso con un murete construido sobre una de las carriladas talladas en la roca. El antiguo camino rupestre sigue en uso, pero ya no soporta tráfico rodado; por el contrario, se estrecha y se cierra en su parte inferior por unos muretes que configuran una especie de garita, mientras que los niveles de circulación son ahora simples preparados de tierra y cal adaptados para el tránsito de personas o animales de carga.

El proceso de cambio cultural que lleva desde lo visigodo a lo islámico está relativamente bien conocido en El Tolmo de Minateda. En su necrópolis norte, la misma donde se enterraban los cristianos en época visigoda, se ha hallado más de una docena de enterramientos de rito musulmán, practicados en el interior de fosas excavadas en la tierra y cubiertas por losas. Las fosas se orientan, al igual que las cristianas, de este a oeste, pero en ellas el difunto se coloca sobre el lado derecho con la cara vuelta al sur, en dirección a La Meca, el lugar santo de los musulmanes.

En la parte alta de la ciudad, sobre las ruinas del conjunto religioso y de un edificio anejo todavía en excavación, se inicia un proceso de remodelación espacial que sólo concluirá con el abandono de la ciudad. Se comienza a edificar un barrio residencial cuya trama urbana se articula a partir de calles que en unos casos coinciden total o parcialmente con las de época visigoda y que en otros modifican el antiguo trazado (Fig. 18); las que parecen calles principales son dos ejes norte-sur que se superponen con más o

Figura 18. Planimetría simplificada del barrio islámico.



menos exactitud a las de época anterior, y en ellas se han documentado apoyos para pies derechos, seguramente para sujetar toldos o cubiertas. A medida que pasa el tiempo, las construcciones se extienden a zonas antes baldías, con lo que aumenta la densidad de edificación.

Esta planificación se constata también en la creación de muros de contención que aterrazan los espacios

donde se sitúan los conjuntos de viviendas. Las casas se adosan y yuxtaponen, dejando entre sí espacios abiertos y callejones que cubren los arruinados edificios visigodos. De este modo, algunas calles ocupan áreas donde antes había construcciones, al tiempo que nuevas viviendas se construyen sobre antiguos espacios abiertos. La remoción afecta incluso a algunos de los enterramientos cercanos a la iglesia, que son vaciados.

El nuevo urbanismo se organiza en torno al antiguo solar de la iglesia, ahora en ruina, sobre el que no se establecen viviendas, sino instalaciones de tipo artesanal. En los escombros caídos se excavaron dos hornos, uno al menos de los cuales estaba con completa seguridad destinado a cocer cerámica, ya que apareció desplomado y con parte de la carga aún en su interior. Sólo se reutilizan las habitaciones meridionales anejas al edificio, que constituían espacios fácilmente independizables. Donde mejor se puede seguir todo el proceso es en la estancia al lado del baptisterio, que tuvo un uso doméstico cuando la iglesia estaba aún en pie y que, tras sucesivas remodelaciones y compartimentaciones, se organizó en dos estancias y un azucate que daba acceso a los hornos. Al este de la iglesia se establecieron almazaras similares a las que abundan por todo el yacimiento, con estancias adosadas que debieron servir de almacén o áreas de trabajo alrededor de un espacio abierto.

Las viviendas son de una o dos habitaciones (Fig. 19) y están a una cota más baja que la de la calle, por lo que las entradas suelen ser escalonadas hacia el interior. Los muros son de mampostería de piedra pequeña trabada con barro y tienen en las puertas grandes lajas verticales a modo de jambas; por el interior, son frecuentes bancos y poyetes. Los suelos son de tierra apisonada mezclada con algo de cal en los mejor preparados y sobre ellos hay hogares formados por tortas de arcilla anaranjada con la superficie endurecida por la exposición al fuego. No conocemos cómo serían las techumbres de las viviendas, pero la ausencia de tejas sugiere la existencia de cubiertas planas.

En los patios o espacios abiertos se constata la existencia de grandes tinajas semienterradas, al estilo de los *dolia* romanos. Una de ellas, dentro de una vivienda, tenía un embudo junto a su boca, lo que parece indicar que estos recipientes servirían para contener líquido. Si tenemos en cuenta que en esta época los antiguos aljibes tallados en la roca estaban ya colmatados —muchos de ellos de manera voluntaria— y por tanto inutilizados, es posible que su función fuera asumida ahora por estos contenedores.

Figura 19. Casa islámica.



EL FIN DE LA CIUDAD

Tanto las viviendas excavadas en la parte alta de la ciudad como las exhumadas en las inmediaciones de la muralla muestran un nivel de abandono de la segunda mitad del siglo IX que a lo sumo se alarga a los primeros años del siglo X. Este contexto está formado por materiales enteros abandonados en el interior de las viviendas, lo que sugiere un abandono brusco no necesariamente violento, pero en cualquier caso homogéneo y coincidente con las referencias documentales.

Nada en el yacimiento indica, hoy por hoy, la continuidad de la ciudad como tal después del Emirato cordobés (711-929). Con posterioridad la ocupación, si la hubo, debió ser muy marginal y su carácter puntual —reducido posiblemente a un pequeño parador en la vía— impide postular un carácter urbano. Este abando-

Figura 20. Casa semirrupestre rehabilitada en la ladera septentrional.



no se relaciona con un fenómeno semejante observado en otras ciudades de origen romano de la región y tiene mucho que ver con el desinterés por la ciudad que muestran en este momento tanto las élites de origen indígena, propietarias de extensos latifundios rústicos, como los nuevos pobladores musulmanes, que optaron casi desde un principio por el asentamiento en las alquerías. Desprovistas de toda la actividad económica que les había dado sentido y reducidas a meras sedes fantasmagóricas de la jerarquía religiosa, las antiguas ciudades perdieron su razón de ser.

A mediados del siglo X, con la estabilidad social lograda durante el Califato instaurado por `Abd al-Rahmân III, la Cora de *Tudmir* se integra definitivamente en la vida de al-Andalus y con ella lo hace uno de sus distritos agrícolas, el de *Iyyuh al-Sabl* o *Iyyuh del Llano*, que se refiere seguramente a la región de Hellín-Tobarra. Sin embargo, *Madinat Iyyuh*, la ciudad de El Tolmo de Minateda, no fue capaz de sobrevivir a este proceso; cuando al-`Udrî en el siglo XI describió la vía de Cartagena-Murcia a Toledo, *Iyyuh* ya no debía de ser más que un simple parador del camino y el apelativo urbano que el geógrafo le otorga era sólo un homenaje a la importancia histórica que la abandonada y ruinoso ciudad tuvo en otro tiempo. Ahora es el momento de los pequeños núcleos urbanos

que habían comenzado a formarse en torno a sus castillos roqueros durante los siglos XI y XII: Hellín, Tobarra, Liétor, Alcaraz y otros muchos, que sobrevivieron a la conquista castellana y a la destrucción de la sociedad que los había visto nacer, para transformarse en las ciudades y pueblos actuales.

El último renacer de El Tolmo tiene lugar a finales del siglo XIX, cuando se construyen casas semirrupestres, que en parte aprovechan las covachas naturales en las rocas y en parte se construyen ante ellas. La ocupación se mantuvo hasta mediados del siglo XX, con una población relativamente numerosa, que dio origen al llamado ‘Lugar de las Casas de El Tolmo (o del Tormo)’. Aún se conservan numerosos vestigios de esta última ocupación, y algunos de ellos se han rehabilitado con el fin de integrarlos en el proceso expositivo del Parque Arqueológico (Fig. 20).

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD CASAL, C.; SANZ GAMO, R.; GUTIÉRREZ LLORET, S.; SALA SELLÉS, F.; LÓPEZ PRECIOSO, F. J. y RICO SÁNCHEZ, M. T. 1995a: *Proyecto de investigación arqueológica "Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete): Memoria preliminar de los trabajos realizados entre los años 1988 y 1994*. Inédito, en la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.
- ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S. y GAMO PARRAS, B. 1999: “Excavación de una basilica visigoda en El Tolmo de Minateda”, *Bulletin de l'Association pour l'Antiquité Tardive*, 8, 51-56, París.
- ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S. y GAMO PARRAS, B. 2000: La basilica y el baptisterio de El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete), *Archivo Español de Arqueología*, 73, 193-221.
- ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S. y GAMO PARRAS, B. 2000: La ciudad visigoda de El Tolmo de Minateda y la sede episcopal de Elo, en *Los orígenes del Cristianismo en Valencia y su entorno*, Valencia, 101-112.
- ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S. y SANZ GAMO, R. 1999: *El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete). Una historia de tres mil quinientos años*, Madrid.

- ABAD CASAL, L. 1996: La epigrafía de El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) y un nuevo municipio romano del *Conventus Carthaginensis*. *Archivo Español de Arqueología*, 69, 1996, 77-108.
- ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S. y SANZ GAMO, R., 1993a: El proyecto arqueológico "Tolmo de Minateda" (Hellín, Albacete). Nuevas perspectivas arqueológicas del sureste peninsular. *Jornadas de Arqueología Albacetense en la U. A. M.* Madrid 1993, 147-176.
- ABAD CASAL, L. y SANZ GAMO, R. 1995: El Tolmo de Minateda en época ibérica (Hellín, Albacete). *El mundo ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000*. Ed. J. Blázquez Pérez. Toledo, 223-230.
- ABAD CASAL, L. y SANZ GAMO, R. 1995: La cerámica ibérica con decoración figurada de la provincia de Albacete. Iconografía y territorialidad. *Saguntum* 29, *Homenaje a Milagro Gil-Mascarell Boscá*, 73-84.
- ABASCAL PALAZÓN, J. M. 1990a: *Inscripciones romanas de la provincia de Albacete*. EA, Albacete.
- ALFÖLDY, G. (1999): Aspectos de la vida urbana en las ciudades de la Meseta sur, en J. González (ed.), *Ciudades privilegiadas en el occidente romano*, Sevilla, pp. 467-485.
- ABASCAL PALAZÓN, J. M. 1990b: Albacete y sus inscripciones romanas. *Información Cultural Albacete* 46, 3-18.
- GAMO PARRAS, B. *La Antigüedad Tardía en la provincia de Albacete*, Albacete, 1998.
- GONZÁLEZ BLANCO A. 1986: "La Provincia Bizantina de Hispania", "Los visigodos en la Carthaginense" y "La Iglesia Carthaginense", *Historia de Cartagena*, dirigida por J. Más García, V, 43-71, 101-124 y 160-191.
- GONZÁLEZ BLANCO, A.; GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R. y AMANTE SÁNCHEZ, M. (eds.), 1997: *La cueva de la Camareta (Agramón, Hellín-Albacete)*, *Antigüedad y cristianismo*, 10, Murcia, 1993.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 1993 a: "De la *civitas* a la *madina*: destrucción y formación de la ciudad en el sureste de al-Andalus. El debate arqueológico", *IV Congreso de Arqueología Medieval Española* (Alicante, 1993), I, 13-36.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 1993 b: "La cerámica paleoandalusí del sureste peninsular (*Tudmir*): producción y distribución (siglos VII al X)", *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus* (Salobreña, 1990), 37-66, Granada.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 1997: "Visigodos, bizantinos y musulmanes", *Historia de la Comarca de Hellín/ 2, Macanaz. Divulgación* (Hellín), año II, n.º 2, Ayuntamiento de Hellín, 1997, pp. 57-74.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 1998: From *ciuitas* to *madina*: the destruction and formation of the city in south-east al-Andalus. The archaeological debate, en *The Formation of al-Andalus. Vol. I: History and Society, Part I: History and Society*, Editor: M. Marín; The formation of the Classical islamic world-46, General Editor: Lawrence I. Conrad; Ashgate/ *Variorum*, Aldershot- Brookfield USA- Singapore-Sydney, 1998, chapter 10, pp. 217-263.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 1998: "Ciudades y conquista. El fin de las *ciuitates* visigodas y la génesis de las *mudun* islámicas del sureste de al-Andalus", *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental*, P. Cressier et M. García-Arenal (eds.), Casa de Velázquez-CSIC, Madrid, 1998, pp. 137-57.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 1999: La cerámica emiral de Madinat Iyyuh (el Tolmo de Minateda, Hellín, Albacete). Una primera aproximación, *Arqueología y Territorio medieval* (Jaén), 6, 71-111.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 1999: La ciudad en la Antigüedad Tardía en el Sureste y Levante, *Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad Tardía. Actas del Iº Encuentro Hispania en la Antigüedad Tardía: (Alcalá de Henares, 1996)*, Acta Antiqua Complutensia I, Alcalá de Henares, 101-28.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 2000: Espacio doméstico altomedieval de El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete, España), entre el ámbito urbano y el rural, *Castrum 6: Maisons et espaces domestiques dans le monde méditerranéen au Moyen Age* (Erice-Trapani, 1993), (A. Bazzana et É. Hubert, dirs.), Collection de l'Ecole Française de Rome 105/6-Collection de la Casa de Velázquez, 72; Rome-Madrid, 151-164.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 2000: Algunas consideraciones sobre la cultura material de las épocas visigoda y emiral en el territorio de Tudmir, Simposio Internacional *Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media*. (Mérida, 21-23 abril 1999), *Anejos de AEspA*, (CSIC), XXIII, 95-116.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 2000: ¿Arqueología o deconstrucción? A propósito de la formación de Al Andalus desde las afueras de la Arqueología, *Arqueología Espacial*, 22, 225-254.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 2000: "La identificación de Madinat Iyyuh y su relación con la sede episcopal Elotana. Nuevas perspectivas sobre viejos problemas" *Scripta in honorem Enrique A. Llobregat Conesa*, Museo Arqueológico Provincial e Instituto "Juan Gil-Albert", Alicante, 481-501.

- GUTIÉRREZ LLORET, S. y ABAD CASAL, L. 2001: Fortificaciones urbanas altomedievales de El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete, España): el baluarte occidental, *Mil Anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500)*; *Actas do Simpósio Internacional sobre Castelos*, Lisboa, 133-143.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. 1996: *La cora de Tudmir. De la Antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*. Madrid-Alicante.
- GUTIÉRREZ LLORET, S., GAMO PARRAS, B. y AMORÓS RUIZ, M.V., e.p.: Los contextos cerámicos altomedievales de El Tolmo de Minateda y las cerámicas altomedievales en el Sureste de la Península Ibérica, en *Símosio Internacional Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica: ruptura y continuidad*, Mérida, 2001.
- JORDÁN MONTES, J., RAMALLO ASENSIO, S., y SELVA INIESTA, A., 1984: El poblamiento romano en el valle de Minateda-Agramón. CHA I, Albacete 1983-1984, 211-240.
- LÓPEZ PRECIOSO, J. 1993: Vías romanas y visigodas en el Campo de Hellín (Albacete). *Antigüedad y Cristianismo* X. 93-125.
- LÓPEZ PRECIOSO, J. y SALA SELLÉS, F. 1989: La necrópolis del Bancal del Estanco Viejo (Minateda-Hellín, *Lucentum* VII-VIII, 1988-1989, 133-159.
- SANZ GAMO, R. *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: los siglos de transición*, Albacete, 1997.
- SARABIA BAUTISTA, J. *Los elementos arquitectónicos ornamentales en El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete)*, Albacete, 2003.
- SILLIÈRES, P. 1990b: *Les voies de communication de l'Hispanie meridionale*. París.
- VALLVÉ BERMEJO, J. 1972: "La división territorial de la España musulmana (II): La cora de 'Tudmir' (Murcia)", *Al-Andalus*, XXXVII, 145-198.